

Democracia frágil, pero viva en América Latina

Patricia Lozano Sanabria*
nacional@cronica.com.mx



El Informe Latinobarómetro 2026 llega en un momento especialmente significativo para América Latina. Su pregunta central, cuestionar si la democracia liberal está en crisis, admite una respuesta menos simple de lo que sugieren algunos diagnósticos. El apoyo a la democracia como forma preferible de gobierno se mantiene en 52%, el mismo nivel de 2024, aunque lejos de los niveles cercanos a 65% observados en los años noventa. Más que un colapso definitivo, el informe describe democracias incompletas, tensionadas entre una ciudadanía que conserva aspiraciones democráticas y Estados que no siempre responden a sus expectativas.

Esa tensión aparece con claridad en otros indicadores. El 65% considera que, pese a sus problemas, la democracia sigue siendo la mejor forma de gobierno; pero 52% afirma que no le importaría la llegada de un gobierno no democrático si resolviera los problemas del

país, y un altísimo 63% considera que “un poco de mano dura” no viene mal. A ello se suma el desgaste institucional: 76% no se siente representado por su parlamento y apenas 15% confía en los partidos políticos. No es que la ciudadanía haya abandonado el ideal democrático; crece, más bien, la impaciencia frente a democracias que no producen resultados suficientes.

El contexto regional torna más relevantes estos datos. Durante 2025 y 2026 se consolidó un giro hacia fuerzas conservadoras y de derecha radical en distintos países. Conviene evitar generalizaciones: no todas esas fuerzas son equivalentes ni toda opción conservadora es inherentemente antidemocrática. El riesgo surge cuando discursos políticos, desde cualquier orientación ideológica, relativizan los contrapesos, descalifican a la oposición, presentan los derechos como obstáculos o convierten la pluralidad social en una amenaza.

En sociedades polarizadas, esa retórica puede elevar el encono y normalizar la idea de que la eficacia gubernamental justifica debilitar las reglas democráticas.

La advertencia es mayor cuando se niegan los problemas estructurales que alimentan el desencanto. Latinobarómetro señala que sólo 26% considera que el Estado ha hecho mucho o algo por las personas y sus familias en los últimos tres años, mientras 73% responde que ha hecho poco o nada. En una región marcada por pobreza, desigualdad y brechas persistentes, defender la democracia exige reconocer las condiciones diferenciadas que enfrentan mujeres, comunidades indígenas, personas LGTBTTIQ+ y otros grupos históricamente excluidos. Las libertades formales pierden contenido cuando no existen oportunidades reales para ejercerlas.

Hay, sin embargo, un dato que merece destacarse. Las elecciones siguen siendo la ins-

titución democrática con mayor legitimidad: 74% de las y los latinoamericanos afirma que sin elecciones no hay democracia. Además, el informe identifica la alternancia como una de las herramientas que mejor han aprendido a utilizar las sociedades de la región. El giro político reciente, con todas sus tensiones, se ha procesado fundamentalmente mediante el voto. No es un hecho menor en una región cuya historia del siglo XX estuvo marcada por golpes de Estado, dictaduras militares y rupturas del orden constitucional.

Las urnas, desde luego, no agotan la democracia. Una elección puede otorgar legitimidad de origen, pero no autoriza a gobernar sin límites. El mandato popular debe convivir con división de poderes, legalidad, derechos humanos, libertad de expresión, pluralismo y respeto a las minorías. Esta distinción es esencial; nuestra tarea debe ser garantizar que las diferencias políticas puedan expresar-

se y competir mediante reglas comunes, y que la ciudadanía conserve la capacidad efectiva de premiar, castigar y sustituir gobiernos por medio del voto.

Quizá, entonces, el desafío latinoamericano no consista únicamente en defender la democracia, sino en reconstruirla. Reconstruirla en clave social supone preservar las libertades individuales y fortalecer los valores que permiten a sociedades diversas reconocerse como comunidad política: igualdad ante la ley, inclusión, seguridad, justicia, oportunidades y confianza institucional. La democracia latinoamericana es frágil, pero continúa viva. Su futuro dependerá de que las urnas sigan siendo el cauce del cambio y de que la democracia responda a la vida concreta de las personas.

*Consejera Electoral del IEEM